

«Nos vemos en la alternativa», ha dicho (he tenido cuidado de recoger sus palabras), nos vemos en la alternativa de atacar á la revolucion española en los Pirineos, ó de defenderla en las fronteras del Norte.

«Hé aquí, señores, una grande é imponente revelación, una revelación fecunda en incertidumbre y calamidades...»

«Si la Francia enteramente sola, la Francia entregada á sí misma, la Francia independiente se ve comprometida en un duelo con la España, lamentaré las calamidades de una guerra absurda, de una guerra sin justicia ni moral, de una guerra sin provecho y sin gloria, lloraré esas calamidades, pero al fin veré que hay un término posible y en ese concepto consideraré que puede haber alivio para los males que sufrimos....»

«Pero no es así.

«La guerra actual está fuera de nuestro centro, fuera de nuestro alcance—la impulsión viene de lo exterior.—Esta cólera no es francesa; es el eco de la cólera de los prusianos y los cosacos.—No somos los únicos que provocamos el incendio, ¿quién podrá decirnos si seremos alguna vez dueños de apagarlo?»

«Ese es señores el punto á que mi enmienda se refiere: hé aquí el espantoso peligro acerca de cuya existencia he llamado la atención de los ministros de S. M.»

«Se lisonjearan los ministros de hacernos creer que obran solos, con arreglo á sus propias miras y con entera libertad?—En esta cuestion los hechos hablan, y hablan con energía: La guerra oculta y subterránea (el Constitucional subraya esta palabra) que nuestro gobierno está haciendo desde hace un año á la nacion española ha estallado de golpe en violentas amenazas.

«Se podrá decir que las ha provocado la España?... pero la situación de ese país es la misma que en 1820 y 1821.»

«Por consiguiente es preciso ir á buscar á otra parte el secreto de la política de los consejeros de la corona.»

«La guerra nos viene de Verona.»

«Nuestra intervencion actual en los asuntos interiores de España no es un acto que pertenezca exclusivamente á nosotros.

«La triple alianza está detrás de nosotros y nos apremia despues de haber sido apremiada á su vez por la turbulencia de la faccion que domina en nuestro país.

«La guerra de España no es una guerra aislada, no tardará mucho en ser una guerra europea. Le dáis principio en los Pirineos: no sabeis á dónde os llevará, ni en dónde tendrá término.»

«El general Foy concluyó pidiendo á los ministros aclaraciones sobre estas dos cláusulas:

1.ª Qué convenios se han hecho en Verona con las potencias extranjeras relativamente á la intervencion, y si la naturaleza de aquellos pueden producir la ocupacion permanente ó transitoria de parte del territorio francés por las tropas de la Santa Alianza.

2.ª Qué disposiciones se han tomado para impedir esa ocupacion, en el caso de que las potencias extranjeras en vista de los sucesos, creyesen útil el cumplimiento de sus proyectos, sea sobre España, sea sobre Francia.

«En el caso en que la independencia nacional fuese sacrificada, ó no suficientemente garantida, yo como leal diputado me creería rigurosamente obligado á pedir en sesion pública la formacion de causa de los ministros que hubieran firmado ó prometido la humillacion de la corona y la ruina del país.»

«No entraremos ahora en argumentos ni acerca de la formacion de causa, ni acerca de declamaciones

pronunciadas con vehemencia y talento. El general Foy, hombre de imaginacion, estaba sujeto á engañarse. Aun se conserva la memoria de su famosa exclamacion: «¡No saldrán!» Mas ¿cómo podía el general preguntarse si la España habia provocado las amenazas? Anteriormente hemos hecho ver si éramos nosotros los que habiamos sido provocados. Una provocacion pública de un Estado á otro, con el cual se presume que está en paz, es un hecho que apenas se percibe. Si solo en ese caso pudiese la defensa justificarse y ser legitima, un gobierno pereceria antes de tener el derecho de salvarse; aunque se viera combatido y minado por todas partes, seria preciso que esperase la *declaracion positiva de guerra* para socorrerse á sí mismo. Las hostilidades de la propaganda no eran conocidas en otro tiempo; pero ¿dejan por eso de ser menos reales? Que se pueda abusar de esa palabra *propaganda* para ir á oprimir un pueblo, es indudable; mas ¿dejará tambien de serlo el que la propaganda abusa de su poder secreto para destruir una nacion?

«El argumento que prenden sacar de la semejanza entre los años 1821 y 1822 no demuestra mas que la longanimidad y paciencia de la Francia. ¿Cómo puede el general decir: «¿que la guerra viene de Verona? Hasta los mismos hombres del partido del general convenian en que todo estaba tranquilo en Verona. El *Constitucional* del 17 de enero se expresaba en estos términos:

«Publicamos los tres despachos de los gabinetes de Austria, Prusia y Rusia á sus embajadores de Madrid...»

«Debe notarse que los tres gabinetes no dicen palabra alguna acerca de emplear la fuerza para imponer leyes á la nacion española. No se encuentra en ellas ninguna amenaza de inminente agresion.»

«Hasta los ministros de la Santa Alianza profesan grande amor á la paz. En este particular no pueden dejar de incurrir en la indignacion de nuestros fanáticos.»

«El mismo periódico del 1.º de febrero transmite este artículo del *Observador austriaco*:

«Las cortes de Austria, Rusia y Prusia, han usado con el gobierno de Madrid un lenguaje que el frenesí revolucionario no puede menos de reconocer que la política de poco alcance puede desaprobár; pero que otra política mas profunda sabrá sin duda alguna mirar con respeto. Ese lenguaje no puede decirse que haya sido una declaracion de guerra; se ha limitado á retirar sus agentes diplomáticos; lo cual no es un acto de hostilidad. Francia animada de iguales sentimientos, ha obrado con arreglo á los mismos principios, aunque bajo formas diversas. Las resoluciones ulteriores de esta nacion se fundan por medio de su contacto inmediato con España en motivos cuya importancia no puede menos de ser conocida sin pronunciarse ligeramente acerca de los resultados. La guerra no está declarada todavía; podrían ocurrir sucesos que la impidieran.»

Apyándose en esta manifestacion que confirma todo lo que hemos dicho respecto de las disposiciones de M. de Metternich, el *Constitucional* pregunta: «¿Cómo es posible conciliar el aserto positivo y claro del periodista de Viena, redactor de todos los protocolos de la Santa Alianza, con el lenguaje que las revelaciones del comité secreto hacen tener al presidente del Consejo? Despues de haber dado cuenta de todos los esfuerzos que ha hecho para mantener la paz que él mismo consideraba sinceramente como tan necesaria al reposo y al mantenimiento de la tranquilidad en Francia, ha conocido, segun dicen, que la posicion hostil en que España se encuentra respecto de las grandes potencias, no permitía á la Francia permanecer en paz.»

«Pues bien: hoy el *Observador austriaco*, cuando

está ya enterado de todo lo que ha sucedido en Madrid al partir los embajadores de las tres grandes potencias, declara con toda formalidad que no se consideran como en estado de guerra con la península.

Luego no es por las disposiciones hostiles de esas tres potencias por lo que el ministerio francés se ha decidido á hacer la guerra: si se cree obligado á hacerla será por obedecer á otro impulso, ó mas bien dicho, por ceder á otras pasiones.»

Pero retrocedamos y analicemos la frase del conde de Villele. Tengamos presente que desde luego no dijo: «Si no combatimos en los Pirineos nos veremos obligados á combatir en las márgenes del Rin.» Sus adversarios reproducen estas palabras de una manera del todo distinta. Segun M. Davergier de Hauranne lo que M. de Villele dijo fue lo siguiente: «Nos vemos en la alternativa ó de combatir por la revolucion española en nuestras fronteras del Norte, ó de hacer la guerra á esa revolucion en España.» Segun el general Foy que aseguró haber recogido inmediatamente la frase del presidente del Consejo, lo que este dijo fue: «Nos vemos en la alternativa de atacar la revolucion española en los Pirineos, ó de ir á defenderla en nuestras fronteras del Norte.»

¿Qué implican esas dos versiones aunque algo distintas la una de la otra? Que la Francia se hallaba colocada de manera que si no sofocaba la revolucion en España, esa revolucion llegaria á Francia, que en ese caso las potencias extranjeras tomarian las armas, y los franceses tendrian que ir á combatir en sus fronteras del Norte.

¿Qué puede haber mas evidente, ni mas claro, ni mas bien expresado? Nótese bien que el artículo en la frase del general Foy se refiere á la palabra *revolucion*, y no á las expresiones *guerra* ó *Europa*: la revolucion española seria la que despues de haber trastornado la Francia, tendria que ser defendida por esta en las fronteras del Rin; es decir, que volverian á reproducirse las hostilidades revolucionarias; que habria un retroceso al 1793. Jamás M. de Villele habria hablado con mas exactitud, ni aun con arreglo á esa version. Lo que costaba dificultad comprender era, que no repitió sus palabras aceptando sobre sí la responsabilidad, y que se contentó con negar las falsas interpretaciones, y con asegurar que habian alterado su texto y su pensamiento.

«Mas hé aquí toda la verdad.

M. de Labourdonnais habia atacado la resolucion tomada por el rey de emprender la guerra de España con cien mil franceses. Habia manifestado sentimiento de que esa guerra no hubiese principiado mas pronto y de que la Francia no hubiese obrado como auxiliar de la regencia de Urgel y de los realistas españoles. M. de Labourdonnais tomando luego las cosas en el estado que entonces tenian, dijo que debia obrarse de acuerdo con las potencias continentales y con arreglo á la direccion de la Santa Alianza.

El presidente del Consejo combatió esa opinion manifestando que hallándose Francia particularmente interesada en restablecer el orden en la península, su aliada natural, debia en tales momentos rehusar la cooperacion de las demás potencias á fin de conservar toda su libertad de accion, y no comprometer en ninguna complicacion el interés que la determinaba á intervenir.

Por otra parte los oradores *liberales* habian atacado la intervencion como contraria á la libertad, y el general Foy despues de haber hecho una elocuente pintura de los males de la guerra, concluyó predicando una cruzada de todos los gobiernos constitucionales contra los gobiernos absolutos.

Para hacer resaltar la inconsecuencia de este discurso, es por lo que M. de Villele exclamó:

«¿Y cómo el honorable general, que nos ha hecho un cuadro tan sombrío de los males de la guerra, no

ha reparado que su sistema no la excluye, puesto que segun sus consejos, en vez de hacerla en los Pirineos habrá que sostenerla en el Rin?»

No obstante esa version auténtica ha subsistido la otra interpretacion. De aqui provino todo el mal: la Francia se vió atacada de vértigos, seducida por una equivocacion que un exámen de algunos minutos habria hecho desaparecer en el acto. Tal fue el carcomido eje sobre que giraron las opiniones en la exterior é interior de la cámara. La poca buena fe de este, la credulidad de aquel, y la ligereza de los mas, hicieron creer en una coersion, cuyos documentos que ya hemos producido (Congreso de Verona), y que fueron depositados en la mesa de la cámara de los comunes, demostraban la falsedad. ¿Cómo suponer que el continente haria á la Francia guerra con el Norte en tanto que esta la estaba haciendo en el Mediodia? Forzoso era ponerse de buena ó de mala gana en campaña, á fin de distraer la Europa cansada de paz, y que, como el médico de Moliere, necesitaba un enfermo, y sabria tomarlo donde quiera que lo encontrara. Sin embargo, la Europa sabia muy bien cómo apuntaban los artilleros franceses.

Era todavia mas evidente ese absurdo, al reflexionar que de las cuatro potencias de la Alianza, tres (Inglaterra, Prusia y Austria), habrian dado cualquier cosa á trueque de impedir que los franceses tomaran las armas.

Aclarado este punto importante, es de presumir que habremos conseguido disipar un error que el transcurso del tiempo habria introducido en la historia.

XLIV.

Créditos extraordinarios.

En 21 de febrero, M. de Martignac, informante de la comision encargada del exámen del proyecto de ley referente á facilitar créditos extraordinarios para el presupuesto del 1823, subió á la tribuna. Entre los créditos pedidos, figuraba uno de cien millones para la guerra de España: habian cometido el error de ocultarlo de este modo; se presentaban con timidez: era lo mas detestable que podian hacer.

M. de Martignac leyó el informe de la comision, cuya lectura fue interrumpida por bravos de la derecha, y risas de la izquierda. «*Vuestra guerra es un verdadero complot*», exclamó la oposicion, «*Puro jesuitismo!*» En vano el presidente trató de restablecer el orden; M. de Martignac tuvo que bajar de la tribuna.

Gran rumor por parte del general Foy y de los SS. Marzay, Girardin, Kératy, de Chauvelin y Dupont de l' Eure: «*¡Qué infamia! ¡es un odioso complot!* ¡*Es imposible contenerse!* Lafayette, Royer-Collard, M. A. de Lameth, Humann y los generales Foy y Sebastiani se inscriben contra el proyecto de ley.

M. Casimir Perier pide la palabra. Discute sobre la peticion del crédito. «Esa peticion, dijo, supone en parte un excedente de ingresos que no se ha justificado legalmente ante la cámara. Además el caso no es urgente: la guerra no se ha declarado todavía, y puede esperarse que tal vez no se llegará á declarar, pues la Europa rechaza, segun parece, todo pensamiento de provocacion contra la península.»

La discusion del proyecto principia el 21 de febrero, volvió á reproducirse el 23 en medio de una concurrencia extraordinaria.

M. Royer-Collard fue el primero que ocupó la tribuna. Aquel dia creyó este orador en la altura de sus desiguos deber halagar á la izquierda. Sus principios en nuestra humilde opinion nos parecieron menos victoriosos que lo que su infalible persona podia esperar: dogmatizó contra un sistema que, débil y desacreditado en lo interior, habia ido á buscar en

lo exterior el apoyo del gobierno. M. Royer-Collard tropezaba en el error común acerca del congreso de Verona; pero no hay que exigir que un hombre tan lleno de sus altos pensamientos, se digne bajar de las alturas de su talento para recoger algunos datos vulgares.

Cuando dimos á la prensa las *Reflexiones políticas*, íbamos con nuestro manuscrito en el bolsillo á estudiar en casa de M. Royer. Limaba nuestras frases incógnitas, y nos despedía despues de habernos hecho sentir su férula, amonestándonos mas prudencia para el porvenir. Nos retiráramos disciplinados y sumisos. Hemos sido, sino discípulo, por lo menos escolar de M. Royer-Collard. Una de las cosas que mejor comprenden los franceses, es la independencia de opiniones; los realistas, cuando estan en el poder, os traquetean; los liberales prohiben vuestras obras, y los jacobinos os cortan la cabeza, todo para mayor libertad de hablar y escribir.

M. Royer-Collard terminó su discurso con esta elocuente peroración: «Y yo tambien soy francés sin duda alguna, y á título de tal, vengo á oponerme á una guerra que amenaza á la Francia tanto como á la España; por eso he tomado la palabra contra el sistema que acabo de indicar. De todos los deberes que he podido llevar á cabo respecto de la monarquía legítima, nunca me ha parecido ninguno ni mas sagrado, ni mas apremiante que este. ¿Podré callar al oír los insensatos consejos con que la impelen á su ruina? Habiendo esa monarquía legítima sido el pensamiento, el voto, la esperanza, la acción, así podría casi decirlo de toda mi vida, es en la actualidad el primero de mis intereses, si tal nombre puede darse á los afectos mas desinteresados y mas nacionales. ¿Qué otro sentimiento podría arrancarme del silencio, puesto que ya he visto verificada la restauración? ¿Qué me restará que desear en beneficio de la monarquía legítima, sino que cada día se arraigue mas en los intereses públicos, que cada día ame mas á la Francia para que á su vez sea tambien mas amada?»  
¡Interesante y noble *Nunc demittis!* ¡Ah! M. Royer-Collard ha tenido el sentimiento de ver pasar aquello que tanto había deseado ver venir: no menos que al ilustre y leal diputado nos había complacido á nosotros el restablecimiento de la legitimidad, y sin embargo no hemos seguido el camino que él siguió.

M. de Labourdonnais se presentó en la escena; lleno de ideas que expresó con un talento apropiado á sus ideas, manifestó una insuperable aversión contra toda celebridad. Hombre de vastos alcances, pero algo débil de carácter, como lo son esos caracteres enteros que no se sienten inclinados á dominar, no hizo mas que aparecer en el consejo de Carlos X: pretextando que se hallaba rodeado de imbéciles, lo cual era cierto, incapaces de tomar un partido, se retiró hábilmente de los negocios públicos al cabo de tres meses, dejándonos un buen reglamento que es el relativo á la Escuela des Chartes. Nacido para ocupar el primer puesto en la oposición M. de Labourdonnais, era como M. de Villele, pero en distinto género, uno de esos hombres de la restauración superiores á las tres cuartas partes de los hombres de ahora.

Se conocen las tendencias de su ánimo en las palabras que lanzó contra nosotros, miserables ministros: «¿Podré conceder, dijo, nuevos subsidios para principiar la guerra á unos hombres que siempre se han opuesto (M. de Villele) á ella, y cuyo evidente interés es de seguirse oponiendo, porque es imposible que no vean lo que todo el mundo ve, y es que no pueden honrosamente para ellos, y sin peligro para el país, dirigir una empresa que se han esforzado demasiado en desacreditar, para que hoy la puedan hacer considerar como nacional, y prometerse que tenga buen resultado en un gobierno representativo?»

M. de Labourdonnais, habiéndose puesto en regla con su sistema de oposición, votó en favor del proyecto de ley.

M. de Laborde, despues de extenderse en consideraciones acerca de la naturaleza del territorio español, las costumbres de sus habitantes, etc., etc., declaró que la guerra era imposible, é insensata. Los hombres que se decidiesen por ella, dijo el orador, merecerían que se les pusiera, no bajo el peso de una acusación legal, sino bajo *interdicción*.

«Por lo demás, siguió diciendo, nadie quiere tomar sobre sí tal responsabilidad, y yo me pregunto cuál puede ser el poder mágico que impera sobre los votos y la opinión de todos. Cosa extraña, señores. Al querer penetrar ese singular misterio, se separan todas las filas, se abre paso al través de todas las existencias, para llegar hasta la guarida belicosa y encontrar... ¿Qué? nada mas que algunos jesuitas intriguantes.»

Si el señor conde de Laborde hubiese penetrado algo mas en el fondo de aquella *guarida belicosa*, en vez de un jesuita habría encontrado un amigo, con tal que alguna distracción no le hubiera impedido conocernos, ó no se hubiese hallado puesta en *interdicción* nuestra antigua amistad.

M. de Castel-bajac, habló muy bien en favor del proyecto de ley.

El general Foy volvió á presentarse en la tribuna, y planteó esta cuestión. ¿La nación quiere la guerra? No. ¿La quiere el gobierno? El orador representó el ministerio como dividido y en estado de grande agitación. En su concepto M. de Villele, *espíritu muy positivo y perfectamente libre de preocupaciones de la imaginación*, no era el que deseaba la guerra.—«No la quería; no hacia mas que autorizar con su nombre una ostentación belicosa, y se sometía á una guerra cuya injusticia le era conocida.—Mejor haría en decir altamente su opinión, sin dejarse dominar por el temor de perder la cartera.

«¿Cuál es, pues, ese poder que domina á los ministros y les hace ostentar desde hace seis meses, una diplomacia conciliadora y unas hostilidades subterráneas?»

«Poco me importa saber cuál es la *faccióu mistica*.

«Me basta el saber que una voluntad y pasiones que nada tienen de francesas, nos arrastran á nuestro pesar á donde no queremos ir.»

M. de Villele contestó que por lo que á él tocaban, preferiría la paz; pero que deseaba la guerra porque la creía urgente, y no por amor á la cartera.

De manera que todo el mundo convenia en que M. de Villele no quería la guerra. En Francia sacaban siempre á relucir el personaje *místico*, ó mas bien el personaje misterioso: el cielo nos había encargado el papel de Destino. Pero los ingleses, menos benévolos ó mas perspicaces, no se hacían ilusiones, y era á nuestra personalidad á quien asestaban sus golpes.

El general Foy, cuya palabra era parlamentaria, sostuvo que en el fondo el gobierno no quería las hostilidades, y llamó á M. de Montmorency duque de Verona, chanza que tanto pertenece al bueno como al mal gusto. Demostró que seríamos batidos: «La campaña no producirá el resultado que se prometen: llegará momento en que despues de dolorosas pérdidas, una retirada coronará dignamente esa loca y culpable empresa.»

El general Foy era superior á la reputación que representaba: dejó un trabajo de mucho valor acerca de las guerras de Napoleón en la península; tenía algo del carácter de Casalés.

El genio militar, genio peculiar de la Francia, es tan vigoroso, que para los hijos de esa nación encierra el genio de todos los demás talentos: el arte de es-

cribir y de hablar, pertenece exclusivamente á los guerreros franceses. *Francisco Rabutin*, que se daba á sí mismo el nombre de *pequeño soldado*, cuando se trataba de pintar el sitio de un combate, encontraba en el antiguo francés expresiones dignas de Herodoto:

«El cielo y la tierra, dice, nos querían favorecer, siendo el día bueno y claro, y hallándose la tierra ni demasiado blanda, ni demasiado seca, y cubierta de verde y de distintas flores.»

El mariscal de Montluc había servido en la campaña de Bayardo:

«Retirado en mi casa, dice, á la edad de 75 años, habiendo pasado por todos los grados y órdenes de la milicia, viéndome estropeado casi de todos mis miembros por arcabuzazos, lanzadas y cuchilladas, sin esperanza de curarme de esta grande herida de arcabuz que tengo en el rostro, he querido emplear el tiempo que me resta en describir los combates á que he asistido por espacio de 32 años.»

Y ese *mas antiguo capitán de Francia* escribe con una mano mutilada con toda la lozanía de la primavera, como si aun estuviera de paje en su primer campo de batalla: los *comentarios* del general Foy, serán leídos una y otra vez.

M. de Villele reasumió esos discursos: atestiguó (bien á pesar nuestro), que el gobierno había hecho todo lo posible por mantener la paz, y pronunció estas sensatas palabras:

«¿Qué justificación mas brillante podíamos esperar que el ver á todos los oradores de la oposición evitar con tanto cuidado la cuestión principal, la única digna de ocupar vuestra atención, y que pueda ser para vosotros objeto de formal discusión? No es en verdad el tiempo, ni el talento, ni la instrucción lo que os falta. ¿Qué otro sentimiento que el de la impotencia en luchar contra la verdad los ha hecho retroceder ante la cuestión, tal cual el gobierno la ha planteado á los ojos del país, y los ha hecho lanzarse á verdaderas divagaciones reproducidas en cien lugares comunes y siempre victoriosamente refutadas?»

«La cuestión señores es esta:

«¿El estado actual de España es compatible con el honor de la corona de Francia, y con el honor y la seguridad del país?»

XLV.

M. Bignon.—Discurso del ministro de Negocios extranjeros — Exclusion de M. Manuel.

La sesión del 26 vió aparecer á M. Bignon, que apoyando su dictamen en pruebas históricas, votó contra «una guerra que sobretexto de política propendía á excitar las mismas pasiones á que bajo un pretexto religioso la guerra de la Liga debió su origen; contra una guerra que podía renovar todos los males de que la Francia había tenido que lamentarse hasta entonces, y que arruinaron la casa de Valois.»

Ocupamos la tribuna despues de este orador. Era la primera vez que usábamos de la palabra delante de la cámara electiva. Excitamos naturalmente un movimiento de curiosidad; los diputados que estaban fuera del salón volvieron á entrar, y reinó el silencio en la cámara y en las galerías, llenas de espectadores. Subimos á la tribuna siendo blanco de todas las miradas, y principiamos de esta manera.

«Señores, voy por de pronto á separar las objeciones personales: los intereses de mi amor propio, deben ser excluidos de este lugar. Nada tengo que contestar á las piezas mutiladas, que no sé por qué medio se han impreso en los periódicos extranjeros. Principié mi carrera ministerial con el honorable preopinante en el período de los Cien Días. Los dos desempeñáramos interinamente un ministerio, yo en Gante, él en París. Entonces yo escribía *novelas*, él

se ocupaba *de la historia*: yo me atengo todavía á la novela.

«Voy á recorrer la serie de objeciones presentadas á esta tribuna. Estas objeciones son numerosas y diversas, y á fin de no extraviarme en tan vasto asunto, las clasificaré bajo distintos títulos.

«Los oradores que han usado de la palabra cuando se votó el proyecto de contestación, han hecho imprimir sus discursos. Ayer en sesión pública algunos de esos honorables diputados, han referido sus opiniones á aquellos mismos discursos. Hoy se han reproducido algunos de los argumentos que figuraron en el comité secreto. Procuraré por lo tanto contestar á lo que se ha dicho, impreso y vuelto á decir, á fin de abrazar el conjunto.

«Siguiendo en sus objeciones á los oradores que ocupan los bancos de la oposición, examinaré: 1.º el derecho de intervención, supuesto que esta es la base de todos los discursos; 2.º el derecho de hablar de las instituciones que pueden ser útiles á la España; 3.º el derecho de las alianzas y transacciones de Verona, y finalmente algunas otras objeciones.

«Entremos, pues, por de pronto en la cuestión de la intervención.

«¿Tiene un gobierno derecho de intervenir en los asuntos interiores de otro? Esa interesante cuestión del derecho de gentes, ha sido resuelta en sentido negativo.

«Los que la han considerado como propia del derecho natural como Bacon, Puffendorff y Grocio, juntamente con todos los publicistas antiguos, han sostenido que es lícito tomar las armas en nombre de la sociedad humana, contra un pueblo que viola los principios en que estriba el orden general, así como en un estado particular es lícito castigar al perturbador del orden público.

«Los que refieren esa cuestión al derecho civil, sostienen por el contrario que un gobierno no tiene derecho de intervenir en los asuntos de otro.

«De modo que los primeros colocan el derecho de intervención en el orden de los deberes, y los segundos en el de los intereses, etc.»

El lector podrá ver lo restante del discurso en los documentos impresos, que se hallan por todas partes. Ese discurso fijó la época de nuestra transformación de escritor, y de hombre de teorías, en hombre de negocios y de práctica.

Al leer los periódicos de aquel tiempo, se ve que el efecto de nuestra opinión fue considerable. Muchos la aplaudieron sin reserva alguna y los que la criticaron, creyeron deber decir que hallaban algo bueno en ella. No tardaremos en recordar con la misma sinceridad las injurias con que nos abrumaron: el lector tratará de indagar la verdad en ese cúmulo de ultrajes y de lisonjas.

Por lo demás la cuestión de intervención, tan agitada en aquella época, era ociosa; puede servir de tema á un hombre de la oposición; pero nunca debe detener á un hombre de Estado. No solo intervino la Inglaterra en la grande época que hemos citado, sino en todas las épocas, en todas partes, y por todas las causas, sea de libertad, sea de poder; en una palabra, siempre que ha creído deber hacerlo. En otros tiempos tomó parte en las guerras civiles de la Francia, envió dinero y soldados á Enrique IV, y finalmente en nuestros días no deja de intervenir en Portugal. En tanto que desearía impedir que el gobierno francés dejase de intervenir en los asuntos de la península, ¿qué hace la Gran Bretaña, sino intervenir en ellos reconociendo la independencia de las colonias españolas? Aun mas; por nuestro despacho se ve que el gabinete inglés en una memoria contestando á una nota de la Rusia, ha hecho pública la opinión de que *hay derecho de tomar parte en los negocios de España, si la exaltación de los que estan al frente de ellos*

los impulsaba á la agresion de otra potencia. ¿Haria el liberalismo cargos al antiguo gobierno francés por haber intervenido en la desavenencia de Inglaterra con sus colonias de la América septentrional?

Sin embargo, ¿aquel gobierno habria podido decir que su seguridad nacional estaba comprometida porque el gabinete de San James quisiera imponer alguna nueva contribucion á los habitantes de Massachusetts?

La intervencion ó no intervencion defendida simultáneamente en la tribuna, no pasa por consiguiente de ser una puerilidad absoluta ó liberal que á ninguna cabeza vigorosa debe servir de obstáculo: en política no hay principio exclusivo: se interviene, ó no se interviene segun las exigencias del país. Decir que no se ha de ir á pagar el fuego en casa del vecino, cuan-

do se va á comunicar á nuestra casa; decir que se debe tomar siempre por fuego lo que no es fuego; emplear la fuerza á merced del capricho, no es mas que abusar de las palabras. El primer deber de un ministro, es salvar su patria cuando un peligro la amenaza; salvarla, sin atender á consideraciones generales ni intereses particulares. Quien no comprende esto, quien no lo ve bajo este punto de vista, quien no obra en este sentido, nunca podrá ser hombre de Estado.

La guerra de España podia salvar la legitimidad: púsole en efecto en la mano el pan de la victoria; pero la legitimidad abusó de la vida que le habiamos devuelto. Nos habia parecido conveniente á su salvacion fijarla por una parte en el terreno de la libertad, y por otra impulsarla hácia la libertad: la legitimidad fue de distinta opinion.



DON EVARISTO SAN MIGUEL.

La discusion volvió á renovarse el 26 de febrero. M. Manuel creyó habernos cogido en falta respecto de nuestra cita de un caso de intervencion que Inglaterra juzgó legal en 1793; sin embargo, se vió que nosotros teniamos razon. Desgraciadamente llegó al terreno de comparaciones y de recuerdos que siendo mal interpretados, provocaron la indignacion de la mayoría.

M. de Labourdonnaix explanó el 28 de febrero una proposicion que ya habia comunicado á la mesa, pidiendo la expulsion de un diputado que habia hecho públicamente la apologia del regicidio. M. Manuel deseaba justificarse, recordó que nosotros habiamos dicho: «Luis XVI desapareció como Edipo en medio de una tempestad.» En la sesion del 3 de marzo, la cámara declaró que *exclua de su seno á M. Manuel mientras durase aquella legislatura*. El parlamento inglés habia dado algunos ejemplos de estas exclusiones, bastante comunes en los cuerpos de la magistratura francesa: en aquel caso era demasiada violencia para tan poca cosa. M. Manuel no me habria incomodado en la tribuna mas que la libertad de imprenta. Supo ser afortunado en medio de su desgracia, pues el silencio sirvió de escudo á su talento: para la

memoria del orador resultó una de esas inmortalidades que se levantan á pocos pasos de la tumba.

Por lo demás nunca hemos oido tantas maldiciones, ni tantas profecias siniestras, ni hemos visto tantas buenas cabezas vueltas al revés como en aquellos momentos: era un fuego graneado de unas mismas objeciones, una monotonía repeticion en todos los tonos de las palabras: «guerra injusta, guerra impolitica, guerra exclusivamente hecha en obsequio del despotismo, la Francia no tenia el derecho de intervenir, íbamos á consolidar lo que nos proponiamos destruir, etc., etc.» Al oír esas palabras no podiamos eximirnos de experimentar una especie de impaciencia y admiracion: no nos era posible comprender cómo entre tantas personas distinguidas, no habia alguna que adivinase nuestro pensamiento, y el objeto hácia que nos dirigiamos. Alguna vez estuvimos á punto de exclamar: «¡Oh! ¡Imbéciles hombres de talento! Ciertamente se habla de intervencion, de constitucion española, y de todas esas cosas de que nos obligais á hablar aquí; cierto es, pero ¿qué supone todo eso al lado de la verdadera cuestion? Malos franceses no nos combatís mas que por prevencion, por envidia y por ambicion, sin ver á dónde nos dirigí-

mos, y sin ver lo que haceis. No podemos revelar nuestro secreto en la tribuna. Nacion ligera y descontentadiza; de qué os sirva vuestra tan ponderada inteligencia?»

## XLVI.

## TRIBUNA INGLESA.

Discusion en la cámara de los comunes.—M. Peel y M. Brougham.

Los primeros ataques tuvieron lugar en Inglaterra en la sesion del 4 de febrero del 1823, por el conde

de Stanhope y el marqués de Landsdown, en la cámara de los lores, y por los señores Childe, Wildman, Yorcke y Brougham, en la de los comunes. Los tres primeros declararon que si el cañon retumbaba en el Bidasoa, no le seria posible á la Inglaterra permanecer neutral. M. Canning y M. Peel, se hallaron casi siempre presentes á los conflictos que se suscitaban cada vez con mas ardor durante todo el mes de febrero.

Sir Roberto Peel que nos ofreció en su mesa la hospitalidad diplomática, se habia educado en la escuela de Harrow, casi con lord Byron, cuando nosotros pobres emigrados, andábamos errantes y desconocidos por aquel sitio. La persona del ministro del Interior



ANGULEMA.

era agradable, y la dulzura de su voz le hacia á uno olvidar la originalidad de uno de sus gestos habituales. Lady Peel, nacida segun creemos bajo el cielo de la India, era la mas delicada mujer que hemos visto: habriase dicho que era transparente. De pronto aquella Niobe de alabastro se teñia del pálido carmin de la rosa de Bengala: los hijos de esta señora, eran unos verdaderos angelitos. La riqueza y felicidad que disfrutaba, daban á M. Peel algo de dulce y de moderado: el espíritu de templanza le seguia á la tribuna. Al mismo tiempo que aprobó la oposicion, dudó que la Inglaterra pudiese intervenir, y aseguró que la intervencion de Austria en Nápoles, habia sido *imperiosamente exigida, y que por consiguiente debia considerarse como completamente justa para garantizar sus propios Estados de un peligro real*. ¡Y la Francia no debia tener el derecho de intervenir para garantizarse tambien de un peligro real!

M. Brougham nos atacó en tres discursos, y las injurias del gran zumbon, fueron aumentándose de un modo admirable. El orador puso en movimiento toda la Inglaterra, que venia gritando *hurra* detrás de él. Artículos de periódicos, folletos y discursos, llovian sobre nosotros, sin economizar palabras como en Francia; todo lo que la grosería mas populachera, y la credulidad mas ignorante pueden concebir, lo vomitaban contra nuestra persona, sin meterse nunca

con la de M. de Villele. Abullidos, tronchos de berza, y mondaduras de fruta, me asaltaban como si hubiese sido un candidato condenado al cieno en los *Hartings de Westminster*. El radicalismo ha hecho entrar el *Boxin* en la elocuencia británica, así como la revolucion francesa introdujo la pica y el gorro frigio en sus discursos.

## XLVII.

Continuacion.—Lo que contestaron á M. Brougham el Courier y M. Canning.

Afirmó M. Brougham en la cámara de los Comunes, que en Francia «no se trataba mas que de un partido poco apreciable, afanado en impeler el gobierno á la guerra para satisfacer su hipocresía, ó sus intereses pecuniarios.»

¡Nuestros intereses pecuniarios!

En otro discurso, M. Brougham se excedió á sí mismo: diónos la denominacion de *cloggy writer* (pesado, indigesto escritor); se burló de *Atala*, y abrumó de equívocos á *la hija del desierto*; ridiculizó toda nuestra vida; no éramos en su concepto mas que unos miserables aduladores de Bonaparte; habiamos ido hipócritamente á Jerusalem á buscar agua del Jordan para el rey de Róma (nuestro viaje á Jerusalem fue